

Devocional, domingo 29 de abril del 2018

**Y Dios le ordenó: —Toma a tu hijo, el único que tienes
y al que tanto amas, y ve a la región de Moria.
Una vez allí, ofrécelo como holocausto
en el monte que yo te indicaré.
Génesis 22:2**

En la vida del discípulo hay distintas etapas de entrega a Dios, porque caminamos en un constante proceso de santificación, en donde se nos llama a participar en la purificación de nuestras vidas, a través de la obediencia. No somos seres estáticos que son llevados de aquí para allá, sino seres humanos, hijos de Dios, que debemos dar pasos en la dirección que nuestro Padre quiere darnos a nuestras vidas, pero que involucra nuestra voluntad y principalmente el estar dispuestos a renunciar a nuestro yo, porque el que no se niega a sí mismo, no puede ser discípulo.

El comienzo para Abraham fue abandonar a su tierra, luego a sus familiares, es decir, dejar de lado su antigua cultura y costumbres de su familia, ya no adoraría a sus antiguos dioses y comenzaría a adorar a uno totalmente nuevo. Pero si el comienzo fue difícil, al tener que desarraigar las viejas tradiciones, también fue duro alejarse de su sobrino, lo único que le recordaba su familia paterna, aunque lo que vendría después sería un dolor aún más profundo.

Abraham debía entender que se estaba transformando en un nuevo hombre, llamado a formar una nueva nación, y que serían el pueblo elegido por Dios. Para eso era necesario aprender a vivir para Dios al dejar todo lo demás atrás. Y ahora le correspondía dejar lo que estaba en su corazón.

Cuando Dios le pide que sacrifique a su hijo Isaac, le está pidiendo que entregue todos sus sueños y anhelos, ya había dicho que no quería que un esclavo fuera su heredero, he incluso estuvo dispuesto a tener un hijo con la esclava de su esposa por alcanzar su gran deseo de ser padre, y la promesa de ser una gran nación que recibió, también descansaba en la vida de su hijo, por eso al entregarlo en sacrificio sus sueños corrían peligro y todo lo que de seguro imaginó quedaría a la deriva.

Pero no debemos olvidar que todos los planes eran de Dios. Fue él quien le dijo que saliera de su tierra, fue él quien le dijo que sería una gran nación y fue él quien le dijo que le daría un hijo. Por eso debía abandonar sus propios planes, sus íntimos sueños y abrazar los deseos de Dios, porque era la única forma de avanzar, era la prueba final, para probar su obediencia.

Y nosotros ya hemos pasado por muchas pruebas, teniendo que dejar variadas cosas que no estaban en la dirección que Dios quería darnos a nuestras vidas, pero hoy quiere pedirnos lo que está en nuestro corazón. ¿Qué está en nuestro corazón? ¿Qué nos impiden ser siervos obedientes de Dios?

La última batalla está en el corazón, y cuando estemos dispuestos a sacrificar eso que nos detiene, seremos aprobados como verdaderos discípulos. La biblia no nos vuelve a decir que Dios habló con Abraham después de esta prueba, porque ya no era necesario, porque se había transformado en el hombre que Dios quería para su nación.

Si quieres convertirte por completo en el hombre y la mujer que Dios quiere que seas, es necesario sacrificar lo que está en el corazón, solo sube al monte y hazlo.

Iglesia Alianza Cordillera